

LA ENSEÑANZA DE LA TRADUCCIÓN Y LA TEORÍA AUTORITARIA DE PETER NEWMARK

Anthony Pym

(EUTI, Universidad de Las Palmas)

Published in *El Guiniguada* (Universidad de Las Palmas) 2 (1992), 305-318.

RESUMEN

La teoría de la traducción elaborada en los años 80 por el británico Peter Newmark ha tenido un impacto importante en la formación de traductores no sólo en Gran Bretaña sino también en España. En particular, el *Textbook of Translation*, que se publicará próximamente en España traducido por Virgilio Moya (Cátedra 1992), pretende ser un manual didáctico que se dirige directamente a los alumnos de traducción a nivel universitario y ha sido ampliamente aceptado como tal. Sin embargo, la teoría de Newmark comporta numerosas presuposiciones y formulaciones provocadoras que, lejos de constituir una ortodoxia fructífera, se basan más bien en un modelo de autoridad que limita innecesariamente las opciones al alcance del alumno-traductor. Newmark ahoga así toda conciencia crítica de la traducción como una actividad reglada por la comunicación, y no por las exigencias de la autoridad.

ABSTRACT

Peter Newmark's theory of translation has had an enormous impact on teaching not only in British translation institutes but also in the English sections of translation institutes in Spain. In particular, Newmark's *Textbook of Translation*, published in 1988 and soon to be published in Spanish, is designed to be used directly in the classroom situation and has largely been accepted as such. However, Newmark's numerous presuppositions and overtly provocative formulations are based on a model of authority which unreasonably restricts the options available to students. They thus stifle the discovery procedures by which teacher-student exchanges might otherwise lead to a critical awareness of translation as an activity governed by the requirements of communication rather than by authority.

Los dos libros de Peter Newmark, *Approaches to Translation* (1981) y *A Textbook of Translation* (1988), representan la casi totalidad de los que sobre la traducción se han escrito en lengua inglesa durante la década de los 80. Se sitúan en el vacío relativo que siguió a una serie de investigaciones innovadoras como las de Jakobson (1959), Quine (1960), Nida (1964), Catford (1965) y G. Steiner (1975), complementadas por trabajos sumamente útiles como los de T.R. Steiner (1975), Lefevère (1977) y House (1977).

Sean cuales hayan sido las razones históricas de ese vacío, el resultado es que, por lo menos en España—por la simple lógica de la oferta y la demanda—, hay una tendencia a conceder a Newmark más importancia de la debida. Su nombre aparece en casi todos los programas de traducción en las EUTIs españolas; se le cita en casi todos los artículos y las memorias que actualmente se escriben en lengua española; nuestros alumnos suelen recibir fotocopias de apartados de sus libros—en España los alumnos no compran libros—; todo ello como si se tratase de normas y de reglas definitivas, respetadas por todos los profesionales de la traducción. De ahí la necesidad de subrayar al menos tres de los rasgos metodológicos que deben limitar la aplicación pedagógica de esta teoría: 1) lo que hay de verdaderamente útil en Newmark es su recopilación de nombres poco originales para designar una serie de procesos de lo más común; 2) a pesar de múltiples contradicciones y elucubraciones de menor importancia, su teoría es lo suficientemente coherente como para ser impresentable por razones ideológicas; 3) algunas de sus conclusiones—como las propias bases de su teoría—ni siquiera tratan de la traducción propiamente dicha.

Intentaré demostrar que cada uno de esos rasgos metodológicos se fundamenta en una cuestión de autoridad.

De la teoría a la autoridad

André Lefevere ha criticado la pedagogía de la traducción en los términos siguientes :

“Generalmente la enseñanza de la traducción parte del supuesto de la fidelidad gramatical y semántica, lo que explica por qué, si se miran de cerca, muchos manuales que pretenden enseñar la traducción no ofrecen más que las teorías lingüísticas actualmente dominantes, recicladas con algo de estilística y estructuras lingüísticas que, de todos modos, los alumnos deberían conocer de antemano.” (1985, 239)

Según Lefevere esa dependencia de la fidelidad lingüística se basa también en las necesidades de la situación pedagógica, ya que presenta el único apoyo institucionalizado de los conocimientos traductológicos. Así, la autoridad en la clase de traducción suele basarse en “la (diabólica) trinidad compuesta por el profesor, el libro de gramática y el diccionario” (1985, 240). Al margen de esa trinidad, la traductología ofrece pocas bases para una autoridad pedagógica.

¿Cuál es la posición de Newmark a este respecto? No cabe duda que su teoría incluye numerosas normas de fidelidad y que sigue más o menos los criterios lingüísticos correspondientes. Pero, tratándose de una teoría, ¿no debería trascender la simple referencia a la autoridad del “profesor, gramática, diccionario” de la que habla Lefevere? Dado que nos presenta una subjetividad teorizante, ¿no debería más bien inscribirse en el campo de la opinión libre y del debate público? ¿No debería, pues, abrirse a un cuestionamiento de la autoridad?

Desafortunadamente, resulta que Newmark tiene un concepto bastante peculiar de la naturaleza y el papel social de la teoría, y que ese concepto efectivamente le permite ocultar precisamente el eje autoridad-fidelidad que subyace a su pensamiento. Veámos de qué manera la teoría oculta la autoridad.

En primer lugar, según Newmark, “la teoría de la traducción no es ni teoría ni ciencia, sino un conjunto de conocimientos” (1981, 19). O sea, no se debe aplicar a estos conocimientos ningún criterio de rigor, de no contradicción, de pertenencia, de elegancia, de poder explicativo. Así se puede presentar un texto teorizante en forma de una serie aleatoria de ocurrencias supuestamente geniales, dando la falsa imagen de una actitud abierta. Poco importa que existan intentos como el de Nida para confeccionar un “Esquema para el análisis y la evaluación de teorías de la traducción” (1976) ya que, en el mundo de Newmark, un Ptolomeo vale un Newton, y si algún día llegara un Einstein de la traducción no habría manera de reconocerlo. Así, la naturaleza de la teoría no se distingue de la de las opiniones y preferencias personales.

Ha habido dudas legítimas acerca de la posibilidad de una teoría rigurosa de la traducción. Savory (1968, 50) y Holmes (1978, 56-57) fundan su escepticismo en un relativismo pesimista, como si el hecho de que no haya habido ninguna teoría rigurosa signifique que nunca podría haberla. Otra clase de escepticismo se deriva de Quine (1960), cuyo pensamiento estrictamente analítico conduce a una teoría no de la traducción, sino de grados de intraducibilidad. Newmark podría, pues, conferir ciertos fundamentos a la naturaleza no teórica de su teoría, si su razonamiento incluyese alguna concepción histórica relativista (no la hay), alguna noción de la teoría como proceso (la “teorización” histórica de que habla Santoyo 1987) o alguna comprensión de la función epistemológica de modelos teóricos (pero sus comentarios acerca de Quine¹ y Chomsky², entre otros, son simplemente vergonzosos).

Se trata de ausencias significativas, ya que permiten a Newmark esquivar el principal escollo implícito en toda teoría normativa: el hecho de que no existan datos válidos sin ser los de la visión particular del teórico. Para Savory, no hay teorías estrictas de la traducción “porque las únicas personas calificadas para formularlas [o sea, los traductores] no se han puesto nunca de acuerdo” (1968, 50). Quine se enfrenta al mismo problema cuando explica que no hay equivalencias que puedan garantizar que “un traductor no rechace la traducción de otro traductor” (1969, 296-97). Como dice Koller, las equivalencias no caen ni del cielo ni de las teorías: “es el traductor quien produce equivalencias” (1979, 186-193). En consecuencia, en palabras de Catford, “el descubrimiento de equivalencias textuales se basa en la *autoridad* de un informador o traductor competente y bilingüe” (1965, 27, cursivas mías). Si no hay traductor con autoridad, no hay equivalencias, y difícilmente puede haber materia prima para una teoría de la traducción. Por suerte, coexisten muchos tipos de traductores, todos competentes, hay varias clases de equivalencia, y por tanto hay una pluralidad profunda en cuanto a las bases posibles de una teoría de la traducción.

Newmark no sabe muy bien qué hacer de esta pluralidad. En un pasaje dice: “La tarea principal de la teoría de la traducción es determinar un método adecuado [an appropriate method] para la traducción” (1981, 141, cf. 22). O sea, un solo método. Pero en el mismo libro leemos: “La tarea principal de la teoría de la traducción es determinar métodos de traducción a aplicar a un amplio abanico de textos o categorías de textos” (1981, 19). Ya han surgido varios métodos. Pero no traductores. ¿Dónde ha quedado entonces la autoridad?

Si, según Newmark, la teoría no tiene autoridad en sí, debe haber en alguna parte traductores que sí la tienen.

Una teoría de la autoridad

Newmark maneja dos nombres para dos maneras de traducir: “comunicativa” y “semántica”, distinción que él mismo califica como su “contribución principal a la teoría general de la traducción” (1981, 62). Pero el tratamiento de estos términos es muy desigual, ya que a la traducción “semántica”, considerada apta para una minoría muy reducida de textos reales, corresponde la mayoría de las reglas y los comentarios.

De hecho, Newmark hace esfuerzos considerables para ir en contra del sentir general, buscando terreno minoritario desde donde atacar a la mayoría: “Estoy escribiendo en contra de la suposición cada vez más popular de que todo el proceso del traducir es (sólo) comunicación, de que cuanto menos esfuerzo tenga que hacer el lector, tanto mejor.” [I am writing against the increasing assumption that all translating is (nothing but) communicating, where the less effort expected of the reader, the better” (1981, 51)]; “... en contra de la teoría monística de que la traducción es fundamentalmente un medio de comunicación...” [“...in opposition to the monistic theory that translation is basically a means of communication...” (1981, 62)]; “En una época en la que se estima demasiado la comunicación sencilla (el funcionalismo), creo que debe haber una tendencia de igual importancia que tienda hacia la traducción semántica de todos los textos que la merezcan (y no son muchos)” (1981, 53).

Newmark manifiesta así una actitud abiertamente reaccionaria fundada en la creencia de que la historia necesita tales actitudes. Se ha ido en busca de un debate, polemizando a solas en mitad del desierto de ignorancia e indiferencia anglosilenciosas, encontrando poco más que un par de textos alemanes contra los cuales intentar provocar un debate vivo. Pero la imagen del enemigo es grande: “comunicación sencilla” se asocia a la vez con behaviorismo (1981, 57) y mentalismo (1981, 132), con “la teoría de que la traducción y el lenguaje son fenómenos únicamente sociales” (1981, 53), con la “ortodoxia predominante” de la teoría del discurso y de la unidad textual como enfoques monolíticos (1988, 68), con la “suposición de que el lector debe esforzarse lo menos posible” (1981, 51), con “el triunfo del consumidor” (1981, 38), con “la masa social” (1988, xii) y, en consecuencia, con “la estafa comunicativa” [“the communication racket”, (1981, 63)]. O sea, Newmark va en contra de normas mayoritarias (encontradas en textos, traducciones, teorías y criterios empresariales) que parecen ser propias de un mundo en decadencia. Poco importa el hecho de que siga invocando normas mayoritarias para justificar sus propias reglas—por ejemplo, “la traducción de citas es *normalmente* semántica” (1981, 45)—o para definir los textos dignos de tratamiento semántico—textos de “autoridades reconocidas” (¿reconocidas por quién?)—; ya sabemos que las únicas normas válidas son en realidad propiedad de una minoría restringida. Tampoco importa mucho el hecho de que las editoriales de Newmark participen activamente en la “estafa comunicativa” de la enseñanza internacional del inglés, vulgarizando la naturaleza abierta de la teoría de la traducción para producir las reglas cerradas del

Textbook (Manual) de 1988. Pero lo que ocurre en el mundo social y comercial no afecta al pensamiento teórico de nuestro autor.

La teoría que justifica esta actitud no se basa ni en comunicación ni en semántica, sino en un proyecto aglutinante que permite emitir juicios de valor con respecto a ambos términos. El primer elemento de este proyecto es un elogio ciertamente sorprendente del literalismo: “Creo que la traducción literal es el procedimiento de base, tanto en la traducción comunicativa como en la semántica” (1988, 70). Dicho literalismo puede además servir a ambos amos a la vez: “La traducción literal es siempre la mejor siempre que tenga el mismo efecto comunicativo y semántico” (1981, 21; 1988, 69). Hay que advertir que no se trata del literalismo de la tradición alemana donde, desde Hölderlin hasta Hitler³, una de las funciones de la traducción era la de mejorar la lengua alemana. Pero a Newmark no le interesa el valor intrínseco de ninguna lengua en particular. Su objetivo, como el que Kloepfer (1967) ha asociado con el “literalismo primitivo” (“primitive Wörtlichkeit”), está enfocado exactamente hacia el polo opuesto a la lengua terminal, hacia la interioridad del texto de origen. Literalismo aquí significa fidelidad a la intención del autor.

Ciertamente, dice Newmark—invocando a Vygotsky (¿autoridad reconocida?) y olvidando su propia posición no mentalista (1981, 132)—, hay pensamiento puro (1981, 51, 57). Este se halla en el mundo privado del ser humano adulto, individual y no enteramente socializado (1981, 62). No sabemos muy bien si este pensamiento puro es de naturaleza estrictamente lingüística o protolingüística (no encontramos referencia alguna al “language privado” de los fenomenólogos, ni al nivel de las estructuras universales abstractas de Chomsky), pero poco importa la filosofía del asunto: resulta que ese pensamiento puro tiene una relación privilegiada con el language escrito. La imagen dominante—la que sostiene términos como “autoridad reconocida” y “palabras sagradas”—es la del hombre que piensa mientras escribe. Este núcleo compacto compuesto por pensamiento más escritura—un pequeño mundo de grandeza y de plenitud—sufre una degradación progresiva (pérdida de información) en cada transición al lenguaje hablado y luego al traducido (1981, 52). De ahí la posibilidad de dos ideas teóricas coherentes y no contradictorias: la traducción comunicativa acepta esta pérdida constante de información e intenta compensarla, mientras que la traducción semántica no acepta tal degradación y busca el pensamiento puro escondido tras las palabras sagradas de textos “de autor”, confiando en que, aunados los esfuerzos del lector y el poder de la expresión original, tendrá lugar un acto de entendimiento sin trucajes ni trampas. Es toda una teoría de la traducción, lista para el consumo inmediato por alumnos pasivos.

Es también toda una ficción, una creencia, un acto de fe axiomático que—como sucede en el fondo de cualquier teoría—nunca será ni verdadero ni falso. Estas ideas no pueden ser criticadas dentro de su propio campo. Pero se puede relativizar el esquema de Newmark comparándolo con otros esquemas posibles:

—Observamos, en primer lugar, que la relación privilegiada que establece Newmark entre el pensamiento interior y el language escrito no parece estrictamente necesaria para su teoría de la traducción. Una localización socrática o bakhtiniana del logos en el diálogo verbal podría producir una distinción muy similar entre las actitudes

comunicativa y semántica, salvo que en este caso la degradación comunicativa se localizaría en el paso al escrito y luego al traducido. Es decir, Newmark no tiene por qué insistir en la supuesta superioridad del individuo sobre lo social, de lo escrito sobre lo hablado; no tiene por qué situar al traductor entre “el autor” y “el lector” (habría sido igualmente posible distinguir entre lenguas, sociedades, situaciones o momentos históricos). Si lo hace es por razones ajenas a la distinción que establece entre traducción semántica y traducción comunicativa.

—En segundo lugar, conviene subrayar el papel sorprendentemente pasivo que otorga Newmark a la representación lingüística (sea escrita o verbal) íntimamente relacionada con el pensamiento. Esquemas triádicos como los de Peirce y de Derrida—de entre los otros muchos teóricos que no aceptarían que “el pensar es anterior al hablar y escribir” (Newmark, 1981, 58)—confieren a las representaciones lingüísticas un papel activo en el proceso semántico, permitiendo que Jakobson describa cada signo como resultado de una traducción ya desarrollada en la mente que piensa, habla y escribe. Es decir, si “el significado [meaning] de un signo lingüístico es su traducción por otro signo alternativo” (Jakobson, 1959), será un sinsentido hablar de la traducción como una “pérdida de sentido [meaning]” (Newmark, 1981, 42, 51-52). Pero para Newmark, el lenguaje es tan fundamentalmente pasivo con relación a la plenitud original que, a fin de cuentas, se podría llegar a cuestionar qué diferencia absoluta hay entre el traductor literalista de Newmark y el Pierre Ménard de Borges.

—En tercer lugar, parece difícil reconciliar la negatividad de traducción como “pérdida” con la “actitud positiva” que, según nuestro teórico, “se derivaría tal vez de una creencia en el racionalismo, en la comunicabilidad de experiencias comunes, en una naturaleza humana ‘innata’ e incluso en leyes naturales” (1981, 52-53). ¿Cómo es posible que Newmark defina la traducción lingüística como una pérdida de información y luego rechace la cuestión de la intraducibilidad por ser excesivamente negativa (1988, 225)? ¿Qué es esta segunda clase de “comunicabilidad” que resulta tan felizmente positiva? Puesto que no puede ser de la misma naturaleza lingüística que la traducción comunicativa o semántica—esta última también implica “pérdida de sentido” (1981, 42)—, ni como las universales profundas de Chomsky—tan profundas que Newmark no entiende las razones por las cuales no afectan a la traducción—, hay que suponer que existen otras formas de transferencia, como quizás las de la metempsicosis—fondo sobre el que Chapman estableció su teoría de la traducción—, o las de W. F. Jackson Knight, traductor inglés de Virgilio que insistía en que sus traducciones habían sido dictadas por el fantasma nocturno del poeta romano. O bien Newmark es incapaz de escribir dos páginas sin contradecirse, o bien es un místico de gabinete. (La primera explicación me parece la más probable, aunque, asimismo, fantasmas de grandes hombres suelen frecuentar muchos rincones en esta teoría de la traducción.)

—En cuarto lugar, y como extensión de la tesis mística, es interesante observar que los teóricos de la traducción “comunicativa” de la Biblia siempre han tenido su propio acto de fe axiomático que—exactamente opuesto al del “pensamiento puro” del individuo de Newmark⁴—reside en el argumento (elaborado por Lutero, pero ya implícito en Corintios I:14) de que hay cierto peligro semántico en dejar al traductor a

solas con el texto⁵, que la palabra comunicativa se encuentra únicamente trabajando en grupo, y que son sólo los creyentes los que pueden traducir las sagradas escrituras (Nida, 1964; Kloepfer, 1967, 36). Se trata de una clase de *imprimatur* divino que sigue encontrándose en la mayoría de las Biblias modernas (cito de la *New International Version* de 1973: “Los traductores han sido unidos en su creencia en la autoridad e infalibilidad de la Biblia como el Verbo de Dios en forma escrita”). Ciertos traductores comunicativos llegan así a justificar su propia autoridad: como creyentes, confían en que una autoridad suprema guíe sus palabras. Para Newmark, sin embargo, el traductor no tiene ni creencia ni autoridad propias: el individualismo teórico necesita que toda autoridad divina quede en manos del autor—de ciertos autores—y que no se transfiera al traductor.

—En quinto lugar, es evidente que Newmark no cree que el pensamiento puro sea la cosa mejor repartida del mundo. De hecho, hay un pequeño panteón en el que, además de la categoría general de “literatura seria”—definida como la que “expresa las intenciones interiores del autor” (1981, 69), como si los mortales tuviéramos acceso directo e infalible a tales intenciones—, encontramos listas curiosas como las siguientes: “Pericles, Jefferson, Lincoln, Churchill, de Gaulle” (1981, 49), “Lincoln, Churchill, de Gaulle, Pericles” (1981, 58), “Churchill, de Gaulle” (1988, 162) y “de Gaulle” (casi *passim*). Se trata, ciertamente, de héroes democráticos, pero también son, casi todos, héroes militares (de ahí tal vez la duda sobre Jefferson) de regímenes burgueses imperialistas. Estos son los modelos de lo que Newmark llama el “authoritive text”, término que he traducido como el más comprensible “texto de autor” pero que también significa “texto autoritario”. Lo que más llama la atención es que el panteón se repite en contextos muy distintos, de modo que Newmark tiene que hacer piruetas para que quepan todos dentro del mismo marco teórico. Tiene que insistir, por ejemplo, en que la verdadera y primera forma de los grandes textos “de autor” fue la del escrito privado, sea cual fuere su carácter de discurso hablado destinado a un público muy particular (1981, 58). Tiene que subrayar que su función primaria es “expresiva” (1981, 21; 1988, 162), que sus palabras son “sagradas” (1981, 98) y por tanto son textos dignos de una traducción “semántica”. Pero luego repite la misma lista como serie de ejemplos del “lenguaje público” del cual la traducción—aquí forzosamente comunicativa—debe producir “efectos equivalentes”, es decir, “concesiones al lector” (1981, 49; 1988, 204). Si los mismos nombres se pueden citar como ejemplos de dos maneras de traducir supuestamente diferenciadas, la única conclusión posible es que Newmark da más importancia a los nombres en sí que a su propia teoría de la traducción. La grandeza radiante del héroe autor no deja más que una sombra de irrelevancia al traductor meramente humano.

Si el modelo del “texto de autor” es un enunciado militar que debe seguirse al pie de la letra, incluso cuando esté mal escrito (1981, 21; 1988, 204), ¿cuál será entonces el oficio modelo del traductor semántico? “El soldado se sacrifica—dice Ruskin—, el comerciante no lo hace. Por esta sencilla razón se valoriza mucho más el oficio de soldado que el de comerciante” (1860, 36-37). ¿Es ésta la razón por la que Newmark valoriza mucho más la traducción semántica que la comunicativa? ¿Estamos formando a traductores comerciales y creativos o a soldados submisivos y mecanizados?

Formulo la pregunta con todo el respeto debido a las generaciones profundamente marcadas por la Segunda Guerra Mundial (Newmark nació en 1916). La formulo también teniendo en cuenta el hecho de que el traductor al traducir se convierte en un trabajador lingüístico cuyo empleo de la palabra “yo” lleva implícito—cada vez—el sacrificio del suyo propio al de otro. Hay sin duda traductores dispuestos a hacer de esa supresión de su subjetividad discursiva una práctica masoquista totalizadora. Pero hay otros—incluso militares—que creen que el mundo no siempre ha estado en guerra.

Ejemplo: de Gaulle habla inglés

Uno de los ejemplos que utiliza Newmark para demostrar la diferencia entre las actitudes semántica y comunicativa es un discurso radiofónico pronunciado por el general de Gaulle en 1940, traducido por el comandante E.L. Spears (significa “lanzas”) en 1966. Newmark (1977, 169; 1981, 45) reconoce como válido un tratamiento comunicativo de la parte narrativa del discurso pero no acepta la siguiente transformación de palabras sagradas:

ST: *Car la France n'est pas seule! Elle n'est pas seule! Elle n'est pas seule!*

TT: *For remember this, France does not stand alone, she is not isolated.*

Dice Newmark: “La traducción de citas, aunque que sean sin importancia, es normalmente semántica y no comunicativa, ya que el traductor no es responsable de su efecto sobre el segundo lector” (1981, 45). Su “versión sugerida” es, por supuesto, “*For France is not alone! She is not alone! She is not alone!*”

Lo que más me interesa aquí es por qué un traductor—un traductor-soldado además—ha estado tan aparentemente dispuesto a contradecir todas las leyes del menor esfuerzo para efectuar transformaciones innecesarias. Newmark se limita a indicar lo más evidente—la existencia de las transformaciones—, pero su teoría radicalmente normativa no le permite preguntar quién habría detrás de las transformaciones—el traductor ideal de Newmark no tiene ni subjetividad ni responsabilidad electiva—, ni si esta persona habría podido tener razones válidas para no traducir de manera literal. ¿Por qué presentar las negativas paratáticas del francés como si fueran de una lógica hipotáctica tan inglesa? Un análisis mínimamente abierto⁶ habría citado normas discursivas que permiten una actitud exclamatoria en francés que resulta meramente peculiar en inglés (como reconoce Newmark en otro contexto, “el discurso es más emotivo en las lenguas románicas que en las germánicas”, 1981, 132). También se habría podido citar la transición del medio radiofónico público (1940) al texto escrito de una biografía especializada (1966). Sin embargo, el punto más importante es que había tenido lugar el hecho de una transición desde la incertidumbre existente en 1940 (la parataxis de de Gaulle esconde un miedo muy real) hasta la historia acabada y escrita de 1966 (Spears cree saber quiénes salvaron Francia). Siendo estrictamente intraducible la incertidumbre que dio lugar a las negaciones repetidas, el traductor inglés ha optado por traducir a un de Gaulle sin miedo, imagen por la cual sí que acepta la responsabilidad en su calidad de biógrafo. Es un dato real que una teoría real debería poder explicar antes de rechazar.

Hay en este caso cuestiones aun más revelantes, preguntas que la teoría de Newmark no puede formular: ¿Por qué había interés en que el discurso de de Gaulle apareciera en inglés en el año 1966? ¿Por qué era importante saber que de Gaulle había contado con sus aliados, y que el no-aislamiento había sido importante para los franceses de 1940 antes de que fuera interesante recordárselo a los británicos de 1966? O sea, ¿para qué finalidad comunicativa se realizó la traducción al inglés?

De hecho, es muy comprensible por qué—mientras el centro de la Commonwealth se estaba convirtiendo en un satélite rechazado por la Comunidad Europea—un biógrafo militar consideró seriamente su manera de traducir. Si la Francia militar había necesitado a los británicos, la Gran Bretaña económica necesitaba aun más a los franceses. Y de ninguna manera necesitaba una Francia cuyos cimientos fueran la violencia discursiva, la paranoia histórica y el orgullo degaullista. Más cerca de la historia de lo que parece estar Newmark, el comandante Spears sabía que las palabras pronunciadas en situación de guerra no se deben repetir—ni traducirse demasiado literalmente—en tiempos de paz. Por desgracia, de Gaulle mismo utilizó el mismo principio para bloquear durante años la entrada inglesa en el Mercado Común. Es evidente que el gran autor no estimaba sus propias palabras tan sagradas ni tan autoritarias como las estima Newmark.

¿Traducción sin elección?

El comandante Spears ha elegido entre al menos dos alternativas: la traducción más fácil (en este caso literal), y una más difícil (en este caso con cierto motivo ideológico). Es muy posible que el camino de la mayor dificultad sea también el de la menor moralidad, pero me parece imposible aplicar criterios éticos a la traducción sin tener a mano una teoría capaz de formular los posibles motivos de supuestos delitos traductológicos. Si una teoría es incapaz de explicar por qué un traductor puede elegir mal—con los ojos abiertos y por razones que no tienen que ver con ninguna falta de competencia lingüística—, esta teoría es fundamentalmente incapaz de explicar por qué un traductor debe elegir bien. En un contexto similar, Newmark se limita a preguntar “¿por qué traducir así?”, para luego mirar al cielo e inventar una regla sobre lo que es y no es el uso correcto (“normal”, “corriente”) del lenguaje. El problema con Newmark es que todas las normas y reglas caen del cielo eterno, y aunque diga que “los traductores deberían expresarse de manera individual” (1988, xii), en realidad su teoría no reconoce la figura de ningún traductor como subjetividad histórica, pensadora y electiva.

Si no hay elección, no hay traducción.

Newmark critica a Catford por haber formulado reglas y normas que son una contribución a la lingüística comparada pero no a la teoría de la traducción, ya que “la teoría de la traducción se ocupa de elecciones y decisiones” (1981, 19; cf. Koller, 1979, 183-4). Pero si buscamos en la teoría de Newmark a un traductor que realmente haya tenido motivos legítimos para elegir y decidir, resulta que encontramos sólo a uno, cuyo nombre es Peter Newmark.

Newmark polemiza constantemente contra la tesis según la cual “el contexto es el factor dominante en toda traducción, y prima sobre toda regla, teoría o sentido

primario.” [“Context is the overriding factor in all translation, and has primacy over any rule, theory or primary meaning” (1981, 113).] Reconoce que el contexto tiene gran importancia, pero “no siempre...” (1981, 170). Como prueba de que “no todo depende del contexto” cita términos técnicos y los días de la semana (1981, 134, 170; 1988, 80). Pero también destaca que “un traductor debería no tener que elegir [should have no choice] cuando traduce términos técnicos e institucionales para los cuales hay correspondencias establecidas” (1981, 135). Ahora bien, si no puede haber elecciones ni decisiones en los casos que no dependen del contexto, ¿en qué medida se puede decir que la traducción—cosa de elecciones y decisiones—no depende del contexto? Parece que la libertad de elegir desaparece en cuanto se formula su carácter general. De hecho, Newmark no hace más que presentar exactamente la misma clase de reglas y correspondencias que había criticado en Catford.

El estilo impositivo de estos escritos contradice constantemente con los ocasionales reconocimientos de una relatividad contextual y lleva a la formulación de reglamentaciones tan aparentemente absolutas como, por ejemplo—y es un ejemplo muy significativo—:“Empiezo por recordarles que no tienen ningún derecho a mejorar un texto de autor” [“I begin by reminding you that you have no right to improve an authoritative text” (1988, 204).]. Sea cual fuere el contexto.

El problema de la falta de electividad se manifiesta más seriamente en la defensa que hace Newmark de su “traducción literal”, polémicamente opuesta no sólo al principio del “contexto por encima de todo” sino también a “la afición en boga por un análisis del discurso donde el bosque no deja ver los árboles, que sustituye la descripción por la función y los detalles por el conjunto” [“vogueish devotion to a discourse analysis which cannot see the trees for the wood, which replaces description by function, the details by the whole” (1984-85, 11; frase suprimida en 1988, 68)]. Según Newmark, gran parte del trabajo del traductor no debería tener nada que ver con el discurso, sino con correspondencias mutuas. La prueba es una traducción en la que hasta el 90% de los términos originales encuentran correspondencias literales.

No cabe duda de que gran parte de la actividad del traductor está teñida de literalismo, sin necesidad de elegir entre alternativas. Los traductores también suelen entregar sus trabajos en los plazos previstos, llegar a congresos a tiempo, hacer facturas y pagar impuestos, todo ello sin elegir entre alternativas. Sin embargo, si la teoría de la traducción se ocupa, repito, de “elecciones y decisiones”, cualquier porcentaje de literalismos o de evidencias, por grande que sea, no representará nunca la traducción. Como ha apuntado Gross a la hora del primer fracaso general de la traducción automática, las máquinas pueden encontrar correspondencias para la mayoría de los términos en un texto técnico, pero “queda claro que una traducción no puede ser utilizada si sólo es correcta en su 90%” (1972, 43). El objeto de una teoría de la traducción debería ser ese 10% de casos en los que un traductor humano tiene que elegir; o—más cerca de las preocupaciones de Newmark—podría ser la frontera entre lo que es posible formalizar en términos de lingüística comparada o computacional (reglas de correspondencias) y lo que sólo se puede determinar con referencia al traductor en cuanto trabajador subjetivo e histórico. Hablar de porcentajes de

literalismos—o de términos técnicos como pruebas de las limitaciones del contexto—es simplemente basar la traducción en el elogio de algo que no es traducción.

* *
*

Confieso no haber podido leer los libros de Newmark en su día. Lo intenté, pero al llegar a la cita (1981, 65) de los siguientes versos de Keats (ya citados por Milton Friedman en su introducción a *Price Theory*), me fue imposible continuar:

Beauty is truth, truth beauty—this is all
Ye know on earth, and all ye need to know.

[La belleza es la verdad, la verdad es belleza—eso es todo
lo que sabéis, y todo lo que necesitáis saber.]

Puedo aceptar que haya cierta belleza en lo que es verdad, pero no que la belleza de leyes aparentemente absolutas conviertan a estas en verdaderas. Hay que tomar en consideración—sobre todo cuando se trata de la traducción y su enseñanza—las distancias que separan distintas culturas, distintas verdades, distintas ideas de lo bello. Y nunca, en el mundo de diferencias reales, nunca se debe pretender fijar los límites de lo que “uno necesita saber”. Ningún traductor, ningún estudiante de la traducción, tiene que obedecer ciegamente las exigencias de una teoría como la de Newmark. Tenemos que trabajar partiendo de principios más abiertos, basando cada conocimiento no en una serie de reglas “porque sí”, sino en el mundo de textos que se desplazan y se traducen en el espacio y en el tiempo de una realidad de interacciones culturales. Si hace falta dirigir versos a la mente del que traduce, prefiero los de Wordsworth, contemplando el Canal de la Mancha en 1802, tal vez anticipando a de Gaulle:

A span of waters. Yet what power is there!
What mightiness for evil and for good!

[Un espacio de aguas. Pero ¡cuánto poder reside ahí!
¡Qué potencia para el mal y para el bien!]

De este modo Inglaterra pretendía protegerse del “continente” revolucionario. Pero a veces debe ser el continente quien se proteja de lo que nos mandan los ingleses.

Notas

1. De Quine—comentado en 1981, 143-144—Newmark no ha entendido más que media página, concretamente la tercera hasta la palabra “radical”; lo demás son, para él, “contribuciones notorias” (1981, 143; 1988, 66).
2. En su comentario sobre Chomsky, Newmark (1981, 69) parece no haber captado la diferencia entre “estructuras universales profundas” y “procedimientos superficiales”, y por tanto no entiende por qué Chomsky no ha querido que su teoría sirva para procedimientos de traducción. Por mi parte, siempre he

creído que la nota en *Aspects* (1965) tiene el mismo sentido que los argumentos que presenta Nida (1969, 84) para no analizar la traducción a niveles inferiores a “near kernal level”. Otros disparates de Newmark revelan su incapacidad para poder aceptar cualquier crítica social que no sea la individualista: Barthes es “nonsense” y de la misma categoría que “publicaciones marxistas probablemente de Moscú” (1988, 211); hablar, como lo hacen Benjamin y Derrida, acerca de la intraducibilidad sería simplemente “silly” (1988, 225), etc.

3. Un “Führererlass” de 1940 prohibió la traducción no literal (*verdeutschende Übersetzung*).

4. Según Newmark, “ninguna obra maestra literaria ha sido escrita por más de un autor” (1981, 158). Hegel dijo lo mismo cuando intentó demostrar que Homero fue una sola persona, pero hay toda una serie de filólogos, desde Wolf hasta Parry y Lord, que han reconocido que la palabra “Homero” designa un grupo o grupos de autores.

5. “Nec translatore debent esse soli, denn eim einigen fallen nicht allzeit gut et propria verba zu...” (Lutero, *Tischreden*, citado por Kloepfer, 1967, 36). Cfr. “... a first-rate translation must be written by one person...” (Newmark, 1981, 158).

6. Ya he comentado este ejemplo en “Paraphrase and Distance in Translation”, *Parallèles: Cahiers de l'Ecole de Traduction et d'Interprétation de Genève VIII* (1987), pp. 9-15.

Referencias bibliográficas

- CATFORD, John Cunnison (1965). *A Linguistic Theory of Translation: An Essay in Applied Linguistics*, Londres: Oxford University Press.
- GROSS, Maurice (1972). “Notes sur l'histoire de la traduction automatique”, *Langages* 28 (décembre 1972): ed. Ladmiral, J.-R., *La Traduction*, París: Didier-Larousse.
- HOLMES, James J. (1977). “Translation Theory, Translation Studies, and the Translator”, en *La traduction, une profession / Translating, a Profession*, ed. Horguelin, Paul A., Montreal: Conseil des traducteurs et interprètes du Canada, 1978.
- HOUSE, Juliane (1977). *A Model for Translation Quality Assessment*, Tübingen: TBL Verlag Gunter Narr.
- JAKOBSON, Roman (1959). “On Linguistics Aspects of Translation”, en Brower, R. (ed.) *On Translation*, New York: Oxford University Press, 1966. Trad. “Aspectes lingüístics de la traducció”, en *Cuadernos de Traducción e Interpretación*, 2 (1983).
- KLOEPFER, Rolf (1967). *Die Theorie der literarischen Übersetzung: Romanisch-deutscher Sprachbereich*, Munich: Wilhelm Fink.
- (Nota: La referencia bibliográfica en Newmark 1981 parece ser pura fantasía.)
- KOLLER, Werner (1979). *Einführung in der Übersetzungswissenschaft*, Heidelberg: Quelle & Meyer.
- LEFEVERE, André (1977). *Translating Literature: The German Tradition from Luther to Rosenzweig*, Assen: Van Gorcum.
- (1985). “Why Waste our Time on Rewrites? The Trouble with Interpretation and the Role of Rewriting in an Alternative Paradigm”, en *The Manipulation of Literature: Studies in Literary Translation*, ed. Theo Hermans. Londres & Sydney: Croom Helm.
- LEVY, Jiri (1968). “Translation as a Decision Process”, en *To Honour Roman Jakobson*, The Hague: Mouton.
- NEWMARK, Peter (1977). “Communicative and Semantic Translation”, en *Babel*, 1977/4.
- (1981). *Approaches to Translation*, Oxford: Pergamon Press.
- (1985). “Literal Translation”, en *Parallèles: Cahiers de l'Ecole de Traduction de Genève*, 7 (1984/85).
- (1988). *A Textbook of Translation*, Londres: Prentice Hall.
- NIDA, Eugene A. (1964). *Toward a Science of Translating with Special Reference to Principles and Procedures involved in Bible Translating*, Leiden: E.J. Brill.
- (1969). “Science of Translation”, en Dil, Anwar S. (ed.), *Language Structure and Translation. Essays by Eugene A. Nida*, Stanford: Stanford University Press, 1975.

- (1976). “A Framework for the Analysis and Evaluation of Theories of Translation”, en Brislin, R.W. (ed.), *Translation: Applications and Research*, Nueva York: Gardner Press.
- QUINE, Willard Van Orman (1960). “Translation and Meaning”, en *Word and Object*, Cambridge Mass.: MIT Press.
- (1969). “Reply to Harman”, en Davidson, D. y Hintikka, J. (eds) *Words and Objections: Essays on the Work of W.V. Quine*, Dordrecht-Boston: Reidel, Revised Edition, 1975.
- RUSKIN, John (1860). *Unto this Last: Four Essays on the First Principles of Political Economy*, en *The Complete Works of John Ruskin* (t. XVII), Londres: G. Allen, 1903-05.
- SANTOYO, Julio-César (1987). *Teoría y crítica de la traducción: Antología*, Bellaterra: Universitat Autònoma de Barcelona.
- SAVORY, Theodore Horace (1968). *The Art of Translation*, Londres: Jonathan Cape.
- SPEARS, E.L. (1966). *Two Men who Saved France: Pétain and de Gaulle*, Londres: Eyre & Spottiswoode.
- STEINER, George (1975). *After Babel: Aspects of Language and Translation*, Londres, Oxford, Nueva York: Oxford University Press.
- STEINER, T.R. (1975). *English Translation Theory, 1650 - 1800*, Assen: Van Gorcum.